



PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

SOCIALISMO, POLÍTICA Y SER HUMANO.

CAMILO ESCALONA MEDINA.

Al debatir, intercambiar ideas, reanalizar los propios puntos de vista y los del interlocutor, en el marco de esta Conferencia de Proyecto Socialista, estamos naturalmente haciendo un legítimo ejercicio intelectual pero también, reconociendo que el pensamiento socialista encara desafíos teóricos y prácticos, de los cuales depende - ni más ni menos - nuestra propia proyección y gravitación en el escenario nacional.

Sin embargo, aquello que es verdaderamente importante no tiene porque convertirse en un dilema angustiante, que nos asombre o paralice. Peor aún, debemos evitar que la perplejidad nos lleve a asumir sólo aquello que temporalmente aparece como lo prevaleciente, cuando en realidad puede ser exclusivamente ocasional o efímero.

A mi juicio, la conmoción que sacude al pensamiento socialista nos obliga de nuevo a pensar más que en la teoría en cuanto cuerpo de ideas más o menos coherente, o más o menos virtuoso y atrayente, a pensar - repito - en el hombre, en sus circunstancias como individuo y el sistema complejo de sus vínculos y relaciones sociales y de sus condiciones de existencia.

Mirando al ser humano, a los grupos sociales, a los dilemas del conjunto de la sociedad, se revitaliza la idea socialista, en cuanto un esfuerzo humano de comprender y explicarse la historia, y hago la precisión, la historia humana como la propia acción, contradictoria a veces, no consciente otras, de los individuos y de los grupos sociales en que se anuda e interrelaciona la vida cotidiana. Es decir, el pensamiento socialista es una visión que rescata al hombre y marca un punto de inflexión en la forma en que la propia humanidad se comprende a sí misma.

El debate que nos proponemos es una tarea relativamente ambiciosa que aspira no sólo a reafirmar aquellos valores de libertad, igualdad y fraternidad y justicia social que continúan siendo el telón de fondo de nuestra acción política, sino que se propone junto con la revitalización de esos valores y principios, ordenarlos y sistematizarlos en un concepto de país que concite el respaldo de la mayoría de la sociedad chilena.

El proceso de unidad socialista ha sido posible sobre la base que el Partido se entiende a sí mismo sin una doctrina y un cuerpo filosófico y conceptual que sea obligatorio para el conjunto de quienes son parte de él. Por el contrario, la unidad socialista se ha hecho con la premisa de entender que el socialismo se construye a sí mismo sobre la base de la aceptación de diversas corrientes de pensamiento que confluyen en su interior. Vale decir, el pensamiento marxista, el pensamiento cristiano y el racionalismo laico.

Vale decir, hemos presupuesto que el camino en la construcción de una sociedad más justa y mejor y, en consecuencia, de una fuerza política que sea eficiente a ese propósito, se hace sobre la base del reconocimiento que en el pensamiento de la civilización actual el aporte de Marx es una contribución crítica, vital, decisiva e insustituible para explicarse la sociedad en su etapa de desarrollo capitalista. Sin ella, la humanidad caminaría todavía a ciegas. Sin embargo, ser consecuentes, con esa labor infatigable que en el plano teórico cimentó el camino al pensamiento socialista, significa también asumir el pluralismo y la diversidad como requisito indispensable de un modo de pensar fecundo y transformador.

En mi opinión, el pensamiento socialista ha sido la corriente ideológica-cultural que más poderosamente ha contribuido, en la modernidad, a que el hombre piense la historia no como un conjunto de hechos inconexos entre sí, expresión de casualidades inevitables de fuerzas ciegas y ocultas, fuera de control y gobierno.

Dicho de otra manera, el pensamiento socialista es la más importante contribución a la comprensión de la alineación, la enajenación del ser humano, buscando resituar y recomprender al hombre como factor capaz de pensarse a sí mismo y al hacerlo capaz de pensar la sociedad y al mundo que le rodea.

Esto significa que ahora resulta esencial que el pensamiento socialista sea capaz de pensar y comprender al ser humano actual y al hacerlo penetrar profundamente en las esencias de las relaciones sociales que informan y articulan la sociedad neoliberal.

Sin embargo, esta intelección necesariamente debe depurarse de esa suerte de integrismo fundamentalista, que llevó a que el pensamiento socialista se cercenara a sí mismo al sentirse depositario exclusivo de la verdad.

Antes que nada somos resultado de la evolución del pensamiento milenario de la humanidad y, en consecuencia, no somos una verdad providencial, metafísica, dogmática, como muchas veces lo sentimos en un esfuerzo inútil de autoafirmación que llevó a una mutilación intelectual al pensamiento socialista, método que ha tenido trágicas consecuencias para la idea socialista y para una propuesta de transformación racional de la sociedad frente a los nuevos fenómenos que agobian al ser humano.

La renovación socialista, para ser tal, deberá descifrar las claves, los enigmas de las nuevas circunstancias, manifestaciones y esencias en que el proceso social se disocia del individuo y el hombre deja de ser libre para quedar prisionero de las fuerzas materiales y espirituales que él mismo genera.

Estas reflexiones significan que la renovación socialista antes que detenerse en lo aparential tiene que caminar a lo esencial. Que antes de pactar en lo superficial debe descubrir lo fundamental. Que antes de rehuir la idea y la realidad del conflicto social del mundo actual deberá asumirlo y explicarlo, y más aún, tendrá que promover los cambios que den sentido racional a la transformación social, antes que su aplazamiento signifique desgarramientos sociales catastróficos y lacerantes.

Por tanto, es la reexplicación de los nudos o tenazas que, visibles o invisibles, ahogan o cercenan el desarrollo humano en este nuevo ciclo histórico y la reelaboración de los caminos que aumenten y amplíen, día a día, la libertad del hombre. Es decir, se trata de un proceso que abarca nuestra visión del mundo, del Proyecto de Sociedad que impulsamos y del propio Partido como actor y promotor de ese proceso. No pensamos que esto es sólo tarea de un evento, de un grupo, de un Partido, este es un proceso nacional e internacional, que asumimos desde el movimiento popular, tratando de reflejar en el pensamiento una propuesta de largo aliento que interese e interprete a toda la sociedad desde el ángulo de los humildes, oprimidos y discriminados de la sociedad moderna.

Muchos piensan que el desarrollo de la informática y de la electrónica, que la tercera revolución industrial, que el prodigioso cambio en las telecomunicaciones y la transnacionalización de la economía, significan un verdadero cambio de época. Es posible que así esté ocurriendo. Pero para ser justos, estas mutaciones planetarias alcanzan un elevadísimo grado de autonomía respecto de su propio creador: el ser humano, desorientado por las consecuencias de sus propias obras, recreándose así las premisas filosóficas básicas del pensamiento socialista. El ideal de una sociedad de hombres y mujeres libres e iguales en la que nos hizo pensar Marx, irrumpe con vehemencia en los sueños del ser humano, a pesar que su materialización se presente más lejana y distante.

Resulta paradójal que el término de la guerra fría no ha evitado nuevos y desgarradores conflictos bélicos y tampoco ha traído, aunque sea de manera incipiente, una nueva relación de los hombres entre sí y con su entorno, la naturaleza. Es decir, la gravedad y extensión de los nuevos fenómenos ha provocado en influyentes sectores de la intelectualidad y en significativos segmentos sociales, la sensación de un vacío de ideas, de valores y principios del que resulta prácticamente imposible retomar frente a la magnitud que alcanza el poder y supremacía de las gigantescas corporaciones transnacionales.

Lo que estamos conociendo como sociedad post-moderna, no sólo es la expresión y reflejo cultural de un enorme salto de las fuerzas productivas como resultado de la revolución científica y tecnológica, si pensáramos de esa forma estaríamos nuevamente recurriendo al viejo determinismo economicista, que tanto hemos criticado debido a que empobrece nuestras reflexiones y entrega una respuesta concisa pero a la larga reduccionista en lo referente a la forma, al método y el fondo de nuestra capacidad de comprender los fenómenos sociales y al ser humano.

A mi juicio, estamos viviendo a escala mundial un proceso esencialmente contradictorio que tiende a un cambio epocal, en el sentido que el desplazamiento de formas de producción y cultura tras luego de siglos de prevalecer o dominar la escena mundial, quedan anacrónicas; proceso que va acompañado de preocupantes síntomas de desintegración de muchas sociedades nacionales por los efectos ideológico-culturales y económico-sociales de la sociedad neoliberal que es preeminente a escala internacional.

Las pugnas étnicas y raciales, el resurgimiento agresivo de los fundamentalismos religiosos, el aumento de las desigualdades sociales a nivel de cada país, la brecha que se amplía entre países ricos y países pobres, la exclusión y discriminación de la mujer, la no incorporación de la juventud y

la despreocupación social por la infancia; así como la inconsciencia ecológica y la conversión de las libertades públicas en mera libertad de consumo, constituyen una argamasa o conjunción de factores que entran a pesar significativamente en el desarrollo humano, como factores que disocian al individuo de la sociedad que encienden de modo profundo, moral y socialmente, las estructuras del mundo contemporáneo.

En otras palabras, la sociedad neoliberal se impone con una avasallante, y muchas veces alarmante, capacidad de ajuste de cuentas con cada ser humano y con los grupos sociales que por su desprotección no son aptos para concursar en el marco de un modelo de sociedad en que el desenfreno individualista y la imposición del más fuerte sobre el más débil pasa a ser, en los hechos, la ley y medida que decide en la vida social.

En ese clima, no es casual ni el desprestigio, ni la desvalorización, ni el deterioro de la política en la sociedad nacional, situación que se ha convertido en una constante y que emerge como fenómeno mundial. Eso conduce directamente al descrédito de la democracia, a la desvalorización del ciudadano y de los conceptos de solidaridad, cooperación y desarrollo humano.

Este fenómeno universal refuerza la idea que cada día más, muchas particularidades del proceso político nacional, no serán más que la traducción chilena de los dilemas de una sociedad globalizada, que no aprende aún a vivir y desenvolverse como tal.

En este contexto, el repliegue y ausencia de la idea socialista en el debate mundial, no sólo afecta a las fuerzas socialistas sino que impacta negativamente en el conjunto del proceso mundial al debilitarse las alternativas que promueven el ejercicio de la razón en la política y la lucha por la justicia social, facilitándose el predominio de las fuerzas que impulsan un tipo de sociedad en que la naturaleza y el medio ambiente no son sino instrumento y escenario del conflicto diario en el que unos hombres someten a otros hombres. Por eso, más que pensar en retroceder mimetizando la propuesta socialista, las circunstancias apremian por el diseño y puesta en marcha de un humanismo crítico que exprese lo mejor de los orígenes libertarios de nuestro pensamiento político, ya que, somos testigos de cambios históricos en el país y en el planeta que acentúan aquellas graves deformaciones estructurales y sus enormes costos humanos, sociales y ecológicos, que motivaron la intensa actividad intelectual, filosófica y práctica de los grandes pensadores que forjaron el movimiento socialista en el siglo pasado.

El enorme espacio social y cultural que se configura con esta situación es el lugar en el cual la fuerza socialista que estamos reconstruyendo debe actuar nitidamente, recuperando un sentido esencialmente humano para la acción política, promoviendo la alteración en un sentido progresista de inicuas desigualdades y discriminaciones y volcándose apasionadamente a la lucha por la definitiva consolidación democrática en el país. De modo que no hay argumento alguno para concluir que han desaparecido aquellas grandes razones que nos constituyeron en un poderoso Partido y parte de una vigorosa corriente ideológica, social y cultural.

Por el contrario, debemos constituimos en una fuerza política que impulse un tipo de sociedad democrática opuesta en sus esencias a la sociedad neoliberal, impulsando un proyecto nacional capaz de democratizar y modernizar con sentido social el país generando la reorganización

del tejido social. Es decir, aquella tupida red de contactos y puntos de encuentros en que la configuración de un sujeto social constructivo contribuya a atajar, o al menos debilitar, el individualismo sin fin a que es empujado el ser humano, especialmente, aquel que ha quedado atrapado en el círculo vicioso de la marginalidad urbana y rural. Se trata de recobrar la dimensión de la participación social como un preeminente mecanismo para encausar la demanda social otorgándole, a la misma, base y consistencia propositiva.

Este esfuerzo debe reponer la validez y legitimidad del rol del Estado de modo de frenar la creciente privatización del poder y recuperar para el ámbito público la capacidad de tomar decisiones en aspectos centrales de la vida en comunidad.

Nuestra insistencia en el esfuerzo por la renovación y dignificación de la política vaya a tropezar con una doble dificultad:

Por un lado el modo de vida establecido por la sociedad neoliberal significa estructuras que consagren odiosas desigualdades y desequilibrios que no hacen, para esas estructuras y sus factores de poder, deseable ni conveniente la política, como actividad que promueve la razón y el interés común que son eminentemente contradictorios con un diseño en que deben prevalecer la desregularización, el desorden y la ley del más fuerte.

Por otro lado, el modo de vida neoliberal induce al ensimismamiento e introversión del individuo que en su situación de agobio por el vértigo de cada día, o en su aislamiento en un lugar equis de ciudades aplastantes, o en el acoso de situaciones espantosas de marginalidad, está más en una disposición de refugiarse en sí mismo que en una actitud de responder a convocatorias que le resultan lo habitualmente suenan o lejanas, confusas o incluso reprobables.

En la sociedad neoliberal la rutina del individuo le predispone a salir de la misma a través de imágenes que persistentemente asocian la política con ineficiencia, corrupción o, a lo menos, con debates que desde su situación de retraimiento social resultan eternos e intrascendentes.

En mi opinión, los engranajes sociales e ideológicos de la sociedad neoliberal pueden llegar a la postre a triturar la actividad política y hacer desaparecer los actores que - a través de las ideas, el debate racional y la movilización social - asumen la responsabilidad de hacer primar lo humano por sobre lo inhumano en el comportamiento y opciones de vida de cada sociedad.

Es decir que la tarea inmensa de renovar y rescatar la política pasa a ser aspecto central y decisivo de una propuesta socialista que quiera humanizar y transformar democráticamente la convivencia social.

Es mi convencimiento que las dificultades del quehacer político como fenómeno mundial no es un episodio transitorio y que en el caso de Chile no es irrelevante que el carácter épico que adquirió el NO en la lucha contra la dictadura se ha ya desdibujado en el tiempo; sino que básicamente la manifestación de procesos de fondo de la sociedad neoliberal que le hacen ser refractaria a toda forma de regulación, y en especial, a la más compleja y más humana de todas: la política.

Con esto quiero señalar que necesitamos el más severo replanteamiento del quehacer político socialista. Vale decir, la reflexión crítica a fondo sobre la forma de hacer política interna y externamente al Partido, sobre el conjunto de las relaciones de poder que nos rigen, sobre el debate de ideas frente al neoliberalismo, sobre nuestra disposición ética y de principios, para proponer una alternativa de largo alcance al pueblo de Chile: *una sociedad democrática*, cuya profundización otorgará vigencia y materialidad a un nuevo tipo de relaciones sociales, profundamente humanistas y libertarios.

No soy de los que piensa que el problema del Partido Socialista es haber ingresado a una etapa de definitiva obsolescencia de la cual surge un ocaso que ya no estamos en condiciones de revertir. Menos aún, que los partidos que sobrevivirán en la sociedad neoliberal serán aquellos que alguien denominó partidos-omnibus, en el cual el pasajero-persona se suba o baje cuando quiera porque si ello aconteciera es mi convicción que se habría instalado un tipo de sociedad en que el hombre ya no cuenta y sólo cuentan los productos; en que la solidaridad definitivamente habrá cedido al peso en la escala de valores al consumo como la expresión dominante en la conciencia social.

Ese tipo de sociedad en mi opinión, perderá indefectiblemente su estabilidad, su coherencia y su capacidad de reproducirse a si misma.

De modo que el socialismo tiene en su crítica consistente a la sociedad neoliberal y al tipo de convivencia y de individuo que está prefigurando una cuestión esencial, tal vez, la más esencial desde su condición de partido humanista. Crítica que, por cierto, no promueve ni valida un comportamiento político sectario o aventurero. Crítica que nos debe acercar a las personas y no alejarnos de ellas. Crítica que por su comprensión de la complejidad del período histórico debe apelar a la razón y a la construcción de opciones de mayoría nacional y social y rechazar un voluntarismo maximalista y de excesos verbales que ayuda precisamente al descrédito de la política.

En suma la renovación y el rescate del carácter transformador de la política como acción constructiva y consciente, desinteresada y eficaz, de representación popular y búsqueda del ser humano, se constituye en tarea decisiva para el revigoramiento y proyección de la idea socialista.

Reinstalar el sentido social y la vocación de servicio de la política; significa derrotar su creciente privatización; es decir, el proceso mediante el cual se transforma en un negocio más en el libre juego de la compraventa del mercado.

La idea socialista converge en la pequeña y gran utopía de rescatar la política para el ser humano y para el sueño de una sociedad de hombres libres.

En efecto, embriagarse en el vértigo de una modernidad unilateral que a la vez de ofrecer consumo masivo y enajenante a un sector de la población se lo niega y excluye al otro; ser arrastrados por un tipo de política-espectáculo que pasa a ser parte de la trivialidad y de la idiotización de un tipo de globalización saturada por la ausencia de identidades y de raíces; aceptar impávidamente la destrucción de la naturaleza y del medio ambiente; resignarse al sometimiento de las libertades a los límites marcados por la arrogancia del integrismo neoconservador, no son por

cierto los grandes parámetros de nuestra forma de comprender la economía, la cultura y el ser humano.

Nuestra historia partidaria, con todos sus virtudes y defectos, el patrimonio ideológico y cultural de más de sesenta años, tiene que concentrarse en la tarea de reponer la política, la esfera de lo público, como un componente indispensable de una sociedad que aspira a regularse a si misma y resolver sus grandes dilemas en base a la cooperación, la solidaridad y la opción por los más pobres. Tenemos que superar la tentación al dominio perverso del dinero, al saqueo de la naturaleza y del cinismo cultural. Tenemos el deber de asumir un diálogo con la sociedad que convoque a la razón y al revigorizamiento de la dignidad humana frente al fervor consumista, que reduce y confunde el consumo exacerbado de un puñado de individuos con la felicidad del hombre.

En un nítido reflejo de los enormes dilemas que se viven a nivel mundial, en Chile se perciben dos tendencias que marcarán, para bien o para mal, el desarrollo del país. Nos atrevemos a decir que esa contradicción que penetra los más diversos ámbitos de la vida del país, es la contradicción entre democracia y neoliberalismo, entre justicia social y la acción cruel del mercado. O en términos más amplios, entre una propuesta de país, racional, participativa y libertaria, representada por la Concertación, y aquella irracional, excluyente y autoritaria que se coaguló bajo el régimen militar. La propuesta socialista es vital para consolidar la primera por sobre la segunda.

SANTIAGO, 8 de octubre de 1994.